



Capítulo 606: Sangre dorada muerta

El aire se desgarró.

No había otra palabra para describir lo que sucedió cuando el aura de Virgilio se manifestó plenamente.

Fuego, viento, sangre y sombras—todos los elementos que formaban su esencia comenzaron a girar a su alrededor, como satélites de una estrella a punto de colapsar.

Las llamas que brotaban de sus pies no eran rojas, sino negras y azules, parpadeando con una intensidad que quemaba incluso la luz. El viento rugió, no como una corriente natural, sino como un grito proveniente de un lugar sin nombre. El olor a hierro y carne quemada se extendió por el aire—La sangre espiritual de Virgilio hirviendo, desbordándose desde su interior como un río antiguo.

Y las sombras... las sombras se movieron.

Tenían forma, voluntad y ojos.

Con cada paso que daba, el suelo temblaba. Las columnas de obsidiana de Erebo se doblaron bajo la presión espiritual, gimiendo como si rogaran no derrumbarse. El techo pulsaba y el aire se volvía tan denso que era difícil respirar.

Ada instintivamente retrocedió.



Su mirada estaba fija en Vergil—, pero ese ya no era el hombre con el que había estado hablando momentos atrás.

Lo que caminaba hacia Dioniso era algo completamente distinto.

Algo que la mente humana no podía comprender.

Dio dos pasos atrás, casi tropezando desesperada, con el corazón latiendo con fuerza.

"Virgilio... no..." intentó susurrar, pero el sonido murió en su garganta.

Su aura no era sólo poder.

Fue un caos.

Fue horror.

Fue la materialización de lo que las deidades llamaban miedo.

El poder de Virgilio se extendió como una ola viviente y los efectos fueron inmediatos.

Los dioses más débiles —aquellos sin preparación ni fuerza mental— cayeron de rodillas, con las manos en la garganta, luchando por respirar. Otros se desmayaron, con los ojos en blanco y el alma aplastada por una presencia que superaba la comprensión. Los que se resistieron sintieron que el suelo desaparecía bajo sus pies, como si el aire se hubiera vuelto sólido.



Fue asfixiante.

Estuvo mal.

Y, sin embargo... es imposible apartar la mirada.

Las antorchas se apagaron. La sala se sumió en la oscuridad, pero Virgilio permaneció visible —no por la luz, sino porque el mundo mismo parecía resaltarlo, como un error en la creación.

Desde lo alto de la escalera, Shiva observó.

Sus ojos dorados, antes serenos, se estrecharon.

Él no sólo veía el poder.

Él vio la forma.

Y la forma... era grotesca.

Detrás de Virgilio, el aura se condensó, se retorció y tomó forma. Un cuerpo colosal, asimétrico, hecho de humo y energía pura—un dragón rudimentario y desfigurado, cuyas alas parecían rotas, cuyos ojos se multiplicaban sin orden.

Era poder puro, sin refinar, un revoltijo de deidades muertas, fragmentos de alma y oscuridad.



Shiva mantuvo su mirada fija y en silencio.

Dentro entendió lo que vio.

'Debo admitir que es una de las auras más grotescamente demoníacas que he visto en toda mi eternidad... ¿qué diablos hay dentro de este chico?' Shiva pensó mientras miraba de cerca al hombre.

El dragón detrás de él abrió la boca y un rugido silencioso resonó por el pasillo. Las estructuras temblaron. El suelo se agrietó. Las sombras se inclinaron.

Y Dioniso, el dios del vino, finalmente sintió el peso de su propio error.

El vino de su copa se evaporó. Las hojas de vid de su corona se marchitaron.

La intoxicación que lo agarraba comenzó a disiparse, sustituida por una frialdad que provenía del alma.

Virgilio se detuvo ante él.

"Ya que te atreviste a intentar tomar lo que no es tuyo, yo puedo hacer lo mismo. ¿Verdad?" Dijo Virgilio, acercándose mientras Dioniso daba un paso atrás. Dioniso dio un paso atrás tambaleándose y la sonrisa se le escapó del rostro como vino derramado.

Su cuerpo tembló —no de frío, sino de algo que no había sentido en mucho tiempo: miedo.

Pero ni siquiera el miedo fue suficiente para silenciar la arrogancia de un dios.



"Tranquilízate, tranquilízate..." levantó las manos, intentando reír, pero su voz salió temblando. "No hay necesidad de todo esto, ¿verdad? Solo estaba... jugando con el mortal. Debería sentirse honrada de haberme llamado la atención."

Virgilio dio otro paso.

El sonido fue suficiente para romper el mármol bajo sus pies en líneas que se extendían como venas hasta las columnas.

El aire parecía crepitar.

Con cada respiración, su poder distorsionaba el entorno—como si el propio Erebus retrocediera para evitar tocarlo.

"Jugando..." la palabra salió de los labios de Virgilio como un eco lejano, desprovisto de emoción.

Dioniso forzó una sonrisa torcida, tratando de recomponerse.

Sus ojos todavía estaban vidriosos por el miedo, pero lo enmascaró con sarcasmo —el escudo de los cobardes.

"¿Estás haciendo una escena por culpa de alguna mujer mortal? Qué desperdicio."

Soltó una risa ronca y se acercó un paso más, recuperando la pose de un dios ofendido.



"Todos ustedes, demonios, son iguales. Crees que puedes desafiar a los verdaderos dioses sólo porque has aprendido a controlar algunos trucos y la oscuridad."

Vergil no respondió.

Él simplemente lo miró fijamente.

Una mirada incolora.

Sin vida.

Como si Dioniso no fuera una persona, sino algo que ya estaba muerto y aún no lo sabía.

Aun así, el dios del vino insistió, más fuerte, con la voz temblando entre el coraje forzado y la desesperación.

"¿De verdad crees que puedes amenazarme aquí, en el dominio Hades'? ¡Soy Dioniso, hijo de Zeus! Yo soy—"

Él se detuvo.

Virgilio estaba delante de él.

De repente. freewebnovel.com

Sin sonido. Sin movimiento. Justo ahí.



La distancia entre los dos desapareció y Dioniso sintió algo que le hizo dar automáticamente un paso atrás —el instinto de supervivencia que ni siquiera los dioses pueden controlar.

El calor se intensificó.

El suelo se oscureció bajo los pies de Virgilio, las sombras se doblaron, ondularon y ardieron.

Y finalmente llegó su voz.

Bajo.

Lento.

Inapelable.

"Tocaste lo que es mío."

Dioniso intentó reír, pero su garganta se agarrotó.

El sudor goteaba por su sien.

"Ella... ella no es tuya. Ella es solo una... puta mortal." El silencio que siguió fue absoluto.

Ni siquiera los dioses se atrevieron a respirar.



El aura alrededor de Virgilio se extinguió repentinamente— y, por un segundo, todos pensaron que se había retirado. Pero entonces el aire se contrajo y el siguiente sonido fue un crujido seco.

Virgilio se había mudado.

Demasiado rápido para que cualquier ojo pueda seguirlo.

El brazo derecho de Dioniso ya no existía.

Sangre divina —dorada y luminosa— brotó al aire, pero incluso antes de caer, se incendió.

Las llamas negras de Virgilio consumieron la extremidad cortada, y el dulce y nauseabundo olor a carne divina ardiente llenó el salón.



Sí, llamas negras. Por alguna razón, las llamas ardientes cultivadas por el clan Agares se habían vuelto completamente negras como el miasma del infierno, más oscuras que la oscuridad abisal. Era como si el color negro en sí ardiera, no una llama de coloración oscura.

Negro absoluto.

El dios gritó, el sonido era una mezcla de dolor e incredulidad.

Las venas doradas de su cuerpo palpitan, intentando regenerar la extremidad perdida—pero las llamas de Virgilio no lo permitían.



El fuego no sólo destruyó la carne.

Quemó el alma.

Sí... parece que las llamas de Agares se fusionaron con la pequeña energía del estatus de caballero de la muerte de Virgilio, creando así lo que podemos llamar "Llamas del Infierno."

"Te atreviste a abrir la boca para hablar de ella..." Murmuró Virgilio, con tono bajo y sereno, pero la furia contenida en cada palabra hizo vibrar el suelo.

Dioniso se arrastró hacia atrás, con la mirada llena de puro terror.

Las llamas sobre Virgilio crecieron, bailando a su alrededor como una corona viviente de destrucción. El dragón formado por su aura volvió a rugir en silencio, abriendo múltiples ojos que observaban al dios mutilado como una presa inútil.



"Suficiente." Alguien gritó a lo lejos.

"Hércules." El tono era tranquilo, casi respetuoso. "¿Viniste a protegerlo?"

El héroe se detuvo a unos metros de distancia, con el puño cerrado y la mirada fija en Virgilio.

"No vine a proteger a nadie. Vine a evitar que cometieras una estupidez." Virgilio inclinó ligeramente la cabeza.

El fuego a su alrededor parpadeó, como si reaccionara a la provocación.



"¿Estupidez?" Su voz resonó roncamente, resonando en las paredes.
"¿Dejarías que la mujer que amas... fuera tocada, humillada, amenazada... por un gusano como ese?"

Hércules mantuvo la mirada fija, pero con la mandíbula apretada.

No respondió de inmediato. Sabía que Virgilio no era él mismo—, pero también sabía que cada palabra debía medirse o esa sala se convertiría en un abismo.

"Hay mejores maneras de lidiar con esto, Rey Demonio", dijo finalmente, con tono bajo pero firme. "No somos monstruos. Tú tampoco."

Virgilio dio un paso adelante.

El sonido era un crujido, como si el aire se hubiera roto.



"¿Mejores maneras?" repitió, con una sonrisa fría y sin humor curvando sus labios.

"Hablas como un héroe. Pero los héroes no saben lo que es perderlo todo."

Su aura se elevó una vez más y rugió en silencio, las llamas negras se expandieron como una aurora invertida.

"La mejor manera de lidiar con los gusanos..." Virgilio levantó su mano derecha, sus dedos se cerraron lentamente en el aire "...es exterminándolos"

Dioniso intentó moverse, pero su cuerpo no respondió.



Su mirada se encontró con la de Virgilio— y por un instante, el dios del vino vio allí reflejada su propia muerte.

Un golpe seco.

No hubo ningún sonido.

El espacio entre ambos pareció implosionar y el cuerpo de Dioniso fue arrojado hacia atrás, desapareciendo su cabeza en una explosión de luz dorada y llamas negras.

El silencio que siguió fue absoluto.

Ni siquiera las llamas de Virgilio emitían sonido—, sólo bailaban, alimentadas por la rabia recién desatada.

Hércules apretó los puños. "Acabas de matar a un dios olímpico dentro del dominio Hades'. ¿Sabes lo que eso significa?"

"¿Me importa? ¿Te pedí permiso antes o eras sordo y no escuchaste?" Virgilio sonrió y luego agregó: "El Sabio Igual al Cielo me permitió matar a Dioniso. ¿Vas a pelear con Sun Wukong?"

Vergil sonrió y continuó: "¿Quieres pelear, chico bonito? No me importan un carajo ustedes, dioses. Soy un hombre con principios, te metiste con la mujer que amo y vas a morir. Es simple." Dijo, mirando a Hércules.